

Lee las primeras páginas

El niño que amaba sus pies de pato. Galería H2O. Barcelona, 2001

Mateo Albero
Casa Rivera
Zahara de los Atunes
Cádiz

Querido hermano:

Se me hace extraño escribirte una carta, cuando sería tan simple llamarte o enviarte un e-mail. Y sin embargo no quisiera que recibieras este paquete sin más. Tantas veces yo misma he abierto un sobre para encontrar el material que me envía un colega o un amigo, así, a palo seco, sin un puñado de palabras, de simples, humanas palabras garabateadas. Y la mano vuelve a introducirse en el sobre, busca en vano. No puedo evitarlo: me queda siempre la sensación de pérdida.

Por eso te escribo.

Finalmente, Miguel ha decidido aceptar la plaza que le ofrecen en Canarias. Nos vamos, Mateo. Ya lo tengo todo empaquetado. Me gustaría que te quedaras con el apartamento de Jan cuando vuelvas a Barcelona, si es que algún día decides dar por terminada tu etapa de ermitaño. No creo que a él le hubiese importado, antes bien al contrario.

¿Te das cuenta, ya, de cuántos son los muertos que nos acompañan en nuestra vida, aún siendo jóvenes? A veces tengo la sensación de que es más lo vivido que lo que me queda por vivir, más lo conocido que lo que me queda por conocer, como si la vida de todos ellos se hubiera sedimentado en la mía y le diera al tiempo pasado una densidad de limo. Entonces soy un fósil atrapado en un tiempo pretérito. Soy una mujer que anda mirando hacia atrás. Soy una estatua de sal. En esos momentos me domina la convicción de que nada imprevisto puede suceder, de que el futuro y sus azares no van a estremecer ni a dar palpitación alguna al tiempo que todavía está por venir.

Por fortuna, Miguel y la niña me sacan a empellones de estos períodos en que me siento como el agua, circular, ensimismada y quieta en su balsa de piedra.

En marzo, vino Jan a pasar un fin de semana. Estaba en Barcelona por un congreso. Esa fue la última vez que lo vimos con vida. Él es el último de nuestros muertos, Mateo. Lo veo ahora, sentado a esta misma mesa desde donde te escribo, añorando los gritos de los niños en el colegio vacío, con los ojos vidriosos, hablando de mamá.

De eso precisamente quería hablarte. Porque eso contiene el paquete, cosas de mamá.

Cuando haces una mudanza siempre acabas por encontrar cosas inesperadas, que habías olvidado o ni siquiera sabías que estaban ahí, ocultas en el altillo o en el fondo de un armario.

Aquí están sus diarios, escritos de una manera poco corriente, casi diría novelados (he vuelto a leerlos, y de ellos me ha sorprendido la forma en la que no reparé en mi primera lectura adolescente), los recortes de periódico que ella coleccionaba, las fotos que le hizo Javier Espinosa. Te envío también algunos de los libros de Jan: creo que te gustará tenerlos. Y tus pies de pato. ¿Los recuerdas? Estaban en la misma caja en que encontré los diarios, cubiertos de polvo. Verás que me he tomado la molestia de limpiarlos. Aunque a estas alturas ya no creo que te vayan bien, con esos pedacitos que tienes. Te enviaré nuestra nueva dirección tan pronto como estemos instalados. Ven a vernos pronto. Sólo una franja de mar nos separa.

Te quiere,
Alberta

Marina Albero. Es el nombre de mi madre. Era. La reconstruyo con las palabras: un paisaje, su nombre; un color, su apellido. "Al-bero", decía ella, poniendo énfasis en la a, "qué apellido tan bonito uno que significa árbol, ¿no os gusta?", seguía, tendiéndome una hoja de papel blanco para que yo trazara con ceras algo que me pertenecía con derecho propio, que formaba ya parte de mí como de ella, un alto árbol de color tierra.

Porque ese era nuestro apellido, el mío y el de Alberta, mi hermana pequeña. El mismo que el de mi madre. En materia de amores, ella practicaba el abandono a la providencia. Cuando se enamoraba perdía la cabeza y no tenía en cuenta, ni por un instante, las consecuencias. Su

ginecólogo decía eres una mujer muy lista, Marina —los hombres solemos llamar “listas” a las mujeres, raramente “inteligentes”—, pero algo clásica. Porque ella no tomaba precauciones, simplemente se dejaba ir, y no se arrepentía, pues Alberta y yo éramos lo mejor que le había pasado.

A menudo nos mirábamos en el largo espejo del baño. Mi madre se lavaba los dientes o cepillaba distraídamente su cabello corto, oscuro, cortado a lo chico que, junto a su figura delgada, donde predominaban más los ángulos que las curvas, le daba un aire andrógino e intemporal. Yo colocaba a Alberta sobre la tapa del water, porque ella era pequeña y no llegaba al espejo. Nos mirábamos, Alberta y yo y mamá distraída cumpliendo con presteza los ritos de la mañana. “Mamá, ¿por qué yo tengo el cabello amarillo, y Alberta rojo, que es tan distinto al tuyo?”. “Algo teníais que sacar de vuestros padres”, contestaba ella mirándose por primera vez en el espejo, y luego, deteniéndose en nuestro reflejo: “Pero aparte de eso, sois clavados a mí, fijaos en vuestros ojos. Vamos, daos prisa, que llegareis tarde al colegio y yo al trabajo”. Y era verdad, fuera del cabello —completamente lacio el mío, una masa revoltosa sobre la cabeza de Alberta—, mi hermana y yo éramos su viva imagen: la cara más bien redonda, de rasgos clásicos, tenía un aire soñador y extraño por el contrapunto afilado de la barbilla que estaba allí como por equivocación. De nuestros ojos, Darío Diego, el jefe de mi madre, aunque este término no es muy apropiado pues su relación era más de amigos que de dueño y empleado, decía que parecían un fotomontaje, con dos ruedas de bicicleta que habían ido a encastrarse en las córneas blancas: de las ninas, un eje compacto y profundo, partía un haz de radios que iban a estrellarse en la llanta, el perímetro ultramar de un iris casi transparente, pues su azul, más que verse, sólo se presentía, como si el tiempo hubiera difuminado ligeramente hacia dentro el color con que el artista delimitara sus bordes. “Deberías explotar a tus hijos”, bromeaba Diego “¿no se te ha ocurrido llevarlos a un casting? Ganarías más dinero que conmigo, esos ojos...” A mamá ni se le había pasado por la cabeza aunque, debido a su trabajo, más de una vez se lo habían propuesto. “No me veo haciendo de Anna Magnani”, se excusaba, “no tengo tiempo para eso”. A juzgar por el tiempo que nos dedicaba, que sacaba de donde podía, era ésta una mentira piadosa para no herir la susceptibilidad de aquellos que se lo proponían.

Sentido común. Sensorio común. Facultad, que la generalidad de las personas tiene, de juzgar razonablemente de las cosas. Se entiende que una persona que lo tiene lo aplica, también de una forma razonable, a todas las facetas de su vida. Es un clima benigno, estable, que da a las tierras que envuelve una tranquilizadora sensación de seguridad. No es que mi madre no lo tuviera pero, por algún desconocido agente atmosférico —eso debía de tener que ver con su forma de ser tan peculiar—, estaba completamente alterado. Su sentido común era borrascoso, y digo borrascoso porque tanto para Alberta como para mí el tiempo de bonanza venía cuando mi madre parecía haberlo perdido por completo; la mayor parte del tiempo sus efectos se dejaban sentir sobre Alberta y sobre mí y entonces eran los horarios rígidos, el pescado y la verdura, la cena a las ocho y la cama a las ocho y media. Sin embargo de pronto, sin previo aviso, su sentido común se esfumaba, la borrasca era arrastrada hacia un lugar de su vida donde nosotros no podíamos sentir sus efectos. Entonces, los días adquirían un carácter festivo y nuestra vida se poblaba de personajes singulares. Alberta y yo asistíamos a este cambio como quien asiste a un espectáculo, porque si bien para mi madre era normal pues formaba parte de su realidad cotidiana y de su trabajo, nosotros, acostumbrados como estábamos al colegio y a nuestros compañeros cuyas vidas eran, por lo general, apacibles y calladas, no podíamos dejar de sentirlo como algo extraordinario.

En primer lugar estaba Darío Diego, el jefe-amigo de mi madre. Él era el núcleo que lo aglutinaba todo. Todo partía de él y todo volvía a él. Este carácter inmenso y cósmico, abstracto, que irradiaba su persona, se reflejaba también en una vertiente matérica, tangible a través de un cuerpo voluminoso. De haber tenido menos altura, se lo hubiera podido calificar de gordo; sin embargo, nada más lejos de la realidad. Era ancho y fornido y, cuando te alzaba hasta sus mejillas meticulosamente afeitadas, no para darte un beso, sino para que se lo

dieras, tenías la sensación de que te estaba aupando hasta la cima del mundo. Desde que tuve uso de razón, lo conocí como Diego, y siempre pensé que ese era su nombre hasta que, en una presentación, alguien, entre el público, alzó la voz en un “¡Darío!”, abriéndose paso para saludar al viejo compañero de colegio y, joder, no has cambiado mucho desde entonces. Conociendo a Diego, aquel mucho no debió sentarle muy bien, porque él vivía en una eterna infancia desde aquellos tiempos; su galería era su cuarto de juegos, y tanto los proyectos que brotaban incansables de su mente, como la gente que pululaba alrededor, sus juguetes. Si el apellido de mi madre y, por tanto, el mío, era más que eso, desdoblándose en significados, el suyo era, además de un apellido, un nombre. Este carácter múltiple de las personas, que empezaba ya en los nombres, se hizo patente en nuestras vidas desde muy temprano. Aprendimos a convivir con él como convivían ya, en nuestras vidas de niños, el horario espartano del colegio, la comida insulsa a base de tristes ensaladas y carnes resacas poco aptas para la digestión, las peleas en el patio que a veces alcanzaban las dimensiones de una tragedia, con el tiempo sin horas, los manjares con que Diego agasajaba en su casa, un detonante para la vista, y el gusto, y el olfato, o las conversaciones entre adultos donde se discutían las cosas más extrañas, desde el revivir de la performance y la poesía visual en Barcelona hasta —y ésta era una versión adulta de nuestras pequeñas tragedias de escolares— los motivos por los que Diego había roto con su último amigo, amante sería mejor decir, pues Diego, aunque ni su porte ni sus formas lo aparentaban, era abiertamente homosexual.

Jovial, generoso, de corazón noble y grande como su persona, invitaba a todos aquellos que se le acercaban a tener su propio cuarto de juegos, como él tenía el suyo. Sin embargo, había sido a lo largo de su vida el responsable de más de un naufragio. Él no se sentía culpable pues para acercarse a un coloso como él había que tener coraje y fuerza suficientes como para que a uno no le arrebatara la vida. Diego era un remolino y, para estar en sus aguas, había que saber nadar. Los que se habían hundido debían llorar sobre sus cadáveres culpando no a Diego, sino a su propio vacío o al hecho de que, ingenuamente, habían creído que, al acercarse a un personaje como él, éste les iba a transmitir, como por ósmosis, algo de su persona, y Diego podía insuflar más vida donde ya la había, ayudar a que una semilla pequeña se desarrollara, pero, donde no había nada, Diego ni podía ni quería sembrar. Utilizaba sin reparos esos cuerpos sin vida que se le acercaban en busca de aliento, sacaba lo poco que había en ellos, los manipulaba hábilmente haciendo que se sintieran partícipes de su mundo —algunos, incluso, se identificaban tanto con Diego que llegaban a creerse él— y eso era el primer peldaño en una escalera que llevaba a la autodestrucción. El talante generoso de Diego no podía reflejarse en modo alguno aquí. En cambio, con mi madre, y no sólo con ella, le vi gestos dignos del hombre más liberal. Como un Dios bíblico, o como un niño, era extremado en todo, en sus simpatías y antipatías, en sus dádivas y sus castigos.

Ya he dicho que él tenía su cuarto de juegos. La galería. Era su forma de estar permanentemente vivo. A veces, imaginaba que su cuerpo era sólo la funda de un inmenso organismo palpitante, todo él mucosas y orificios vivos abiertos en todas direcciones para atrapar hasta el estímulo más ínfimo, más lejano. Diego decía que, con el paso del tiempo, muchas personas se volvían insensibles, como las piedras, y que, como éstas, dejaban que los acontecimientos fueran pasando sobre ellas de un modo pasivo, sin admirarse, sin un solo estremecimiento, sólo dejándose desgastar más y más por el paso de los días hasta que, al fin, la piedra se había desgastado tanto que desaparecía, y eso era la muerte. Por eso había que tener un cuarto de juegos.

Mi madre también tenía el suyo. Sus amores la hacían estar en constante estado de alerta. Yo, que por aquel entonces no lo necesitaba, no tenía un cuarto de juegos, sino un juego. Algo que, a medida que crecía, se fue convirtiendo en una verdadera obsesión: mis pies de pato.

Casi lo había olvidado. Ha sido Alberta quien, al enviármelos, me devuelve la memoria de aquellos días, el sonido de un nombre, Al-bero, la forma brillante, de trazos gruesos y esforzados, matéricos, que éste adquiriría sobre un papel intacto. Los miro, y recuerdo su color

verde, un verde intenso y luminoso. Los huelo, y, remotamente, siguen oliendo a un tipo especial de plástico blando, un olor industrial y al tiempo dulce, como de confitería artesana. Los palpo y, por mucho que me empeñe en no sentir el tacto rugoso, el cuerpo agrietado, debo reconocer que ha pasado el tiempo, mucho tiempo desde aquel día en que me los regalaron. Era un día tórrido de julio; el cielo, de un azul compacto e inverosímil, pintado a la cera, me hacía sentir como un personaje en uno de mis propios dibujos de niño. Yo chapoteaba en el simulacro de mar que incluía una piscina circular de plástico de 1,5 m. de diámetro, la pelota hinchable a gajos tuttifrutí y una burbuja de poriespán rosa que, atada a la espalda, me producía la ilusión de estar nadando en un palmo de agua. En esta escena que describo salió mi madre al terrado aventando en el aire el regalo de mi segundo aniversario: un paquete retractilado que dejaba bien a la vista dos objetos simétricos, de un verde claro y brillante, como de iguana, bellos con la belleza un poco torpe de un juguete-objeto industrial manufacturado en Taiwan. Asistí con paciencia infinita a las explicaciones de mi madre sobre el uso y las ventajas de aquel par de accesorios. “Mira, te los pones y, moviéndolos así y asá, te mueves como pez en el agua”. Yo miraba mi piscina tamaño reducido, y me miraba el cuerpo pensando en qué pez de mi tamaño podía impulsarse, por mucho afán que pusiera, ahí dentro. Pero la dejaba hacer porque la veía tan contenta y, en el fondo, no era cuestión de llevarle tan deprisa la contraria, de explicarle lo que empezaba a sentir hacia mis pies de pato, lo que ellos empezaban a sentir por mí, esa especie de ósmosis que, por mucho que me hubiera empeñado, nunca hubiera podido explicar con palabras pues, a mis dos años, chapoteaba en el lenguaje con tanta precariedad como lo hacía en el agua.

¿Cómo empezar a contar esta historia? Quizás éste sea un buen comienzo. Estamos ahí yo, con mis dos años recién cumplidos, y mamá, bajo aquel tórrido sol de julio que allí, sobre el terrado, se dejaba sentir como un peso, con toda la fuerza de la gravedad. Y mis pies de pato. Ya míos antes de que ella me los entregara, mucho antes de que su mirada los descubriera, en medio de un revoltijo de juguetes, en una tienda de Mayor de Gracia donde ella solía acudir en busca de pequeños regalos: pelotas que suplían la discreción de su tamaño con un haz turbulento de colores desplegándose desde su centro, bolsas de indios y cowboys, cajas de aviones y soldados, potes para hacer burbujas, juegos de té inverosímiles y todas las pequeñas chucherías que un niño pueda desear.

Pies de pato, aletas, flippers. De nuevo la duplicidad del lenguaje. No es un nombre, ahora, el que tiene significados distintos, sino varios nombres para una misma cosa. Fijémonos. Pies de pato, las oclusivas como golpes secos denotando una realidad brusca, la de unos pies palmípedos, moviéndose, plop, plop, torpemente. Y al mismo tiempo, aletas, un sonido más aéreo, una imagen: extremidades de pez, ondulándose, desplazando agua, y flippers, el salto, la sinuosidad de un delfín. Para mi madre, aquel regalo de mi segundo aniversario era simplemente eso, unos pies de pato, un simple juguete de niño; para mí, eran aletas y flippers y algo que se reía y se pegaba a mi piel, y empezaba, ya, a crecer conmigo.

—¿Diego?

—Uhm.

—¿Tienes algo para correos? Silencio.

—¿Algo para correos? —repitió.

—Ahora que lo dices... —salía Diego de su mutismo—, ha llegado un paquete de Madrid. Mucho me temo que sean las fotos de Javier Espinosa. No sé dónde tiene la cabeza ese chico...—levantando brevemente la suya del Libre de Coch, un incunable de principios del XVI que lo tenía atrapado desde hacía varios días con sus recetas, especialmente la que describía el modo de convertir un gato en un plato singular y más que comestible—. ¡Le he dicho tantas veces que lo envíe por mensajero! Dios Santo, espero que lo haya envuelto bien y que las fotos no lleguen hechas un estropicio. Aunque hasta una envoltura de sobre Ilford es mucho esperar tratándose de Espinosa. Mira Marina, si llegan mal habrá que pedirle copias nuevas, y si no, cosa poco probable, te pones en contacto con el cliente y te encargas del resto.

—Diego...

Apoyada en el marco de la puerta, lo observaba atentamente, a medias iluminado su rostro por la luz de una lámpara Tizio, preguntándose cuál sería el siguiente movimiento de aquel coloso que ahora, inclinado de nuevo sobre el incunable, absorbido por la lectura de su extraño contenido, había olvidado por completo su presencia. Esa era una de sus peculiaridades. Fagocitaba la realidad de una forma intensísima y puntual, como si ésta, lo mismo que manchas de pintura sobre un lienzo, concentrara toda su fuerza en unas pocas zonas diseminadas aquí y allá. A Diego, los espacios en blanco, poco coloreados que rodeaban estos lugares donde los materiales de la vida rugían y se condensaban, no le interesaban ni poco ni mucho. Transitaba por ellos porque eran lugares de paso obligados entre una zona y otra. Así, de Espinosa lo único que le importaba eran las fotos, el modo en que el fotógrafo había conseguido captar la esencia de un país y de una época a través de unos pocos retratos. Que Espinosa tuviera serias dificultades para sobrevivir de su trabajo carecía, en realidad, de importancia. No era grave que estuviera enfermo o que, aquel mes, no tuviera dinero ni para pagar el recibo de la luz. Lo que verdaderamente preocupaba a Diego era que no hubiera tratado las fotos con selenio o que las copias no llegaran a sus manos en perfecto estado. Sabiendo lo meticuloso que era Diego en estos aspectos, Espinosa se empeñaba en provocarlo, pues enviar un paquete por correo siempre le resultaba más caro —a él, que pasaba de tener los bolsillos vacíos a tenerlos rotos, pues no tenía nada suyo y, en tiempos de vacas gordas, cualquiera de sus amigos sabía dónde podía acudir en caso de apuro— que enviarlo por mensajería a portes debidos.

—Creo que Javier no lo está pasando muy bien. Ayer hablé con Rosita por teléfono y me dijo que estaban en un mal momento. ¿Le adelanto el dinero antes de que pague el cliente?

—Adelántaselo —dijo él sin despegar el ojo de la lupa con que descifraba el incunable—. Dominique tiene el aviso de correos, ya está firmado.

—¿Y el carnet de identidad?

Esta vez interrumpió momentáneamente su actividad sobre el libro. De la chaqueta de su americana, sacó la cartera, y de ésta el carnet que le tendió con gesto distraído. Luego, se llevó las manos a la nuca y se desperezó en la silla. Tras él, las lamas de las persianas entornadas dejaban escapar hilos de luz que al entrar en el despacho se diseminaban en el aire de una forma espectral. Fuera, una luz intensa de julio, desnuda. Fuera, un calor aplastante. En el despacho, un ambiente secreto y fresco por el aire acondicionado. De cueva. Diego carraspeó:

—¿No te parece un buen momento para comprarle obra? No le extrañó la pregunta. De hecho, la esperaba. Conociendo a Diego, había estado insistiendo últimamente en la difícil situación por la que estaba pasando Javier Espinosa. Era cierto que a Diego esas cosas materiales no le importaban, eran las zonas de tránsito, pero, en cuanto las tenía cerca y de algún modo estaba en su mano aliviarlas, no las sufría. Sin embargo, no le gustaba pasar por benefactor. La galería tenía en sus fondos mucha obra de Espinosa, así que en esos momentos a Diego no le resultaba imprescindible comprar obra. De algún modo, tenía que justificarse.

—Hace tiempo que me rondan por la cabeza unas cuantas fotos. Incluso sueño con ellas. ¿Quieres traerme el catálogo de Amigos. Está por ahí —hizo un gesto vago y desmayado con la mano.

No le costó encontrarlo. Pues en la amplia librería que formaba una de las paredes del despacho, Diego mantenía un orden absoluto y peculiar cuya metodología, aunque no correspondiera ni a normas alfabéticas, ni temporales, ni a clasificación por libros, revistas y catálogos, ella había aprendido a utilizar y comprender como si de su propio inventor se tratara. A los ojos de cualquiera, allí reinaba un desorden desconcertante que no cuadraba con la figura de un galerista tan meticuloso en el plano profesional. Diego se identificaba de tal modo con los libros que tenía y sus autores (en su biblioteca no había un solo libro que no hubiera sido leído y releído apasionadamente) que establecía secretas filiaciones entre ellos y, así, no podía colocar, lomo contra lomo, a dos críticos que en vida mantuvieran posturas contrapuestas o a dos artistas que, aún perteneciendo al mismo movimiento, acabaran sus

días sin dirigirse la palabra. Las relaciones, sin embargo, no eran tan simples, pues estaban también los libros que hacían referencia a autores contemporáneos que a su juicio iban a permanecer y los que hablaban de otros que, a pesar de ser el centro de todos los circuitos museísticos y comerciales, no eran más que artistas de la afirmación, digeribles por el público, nuevas piezas en el engranaje del espectáculo. Beuys no podía codearse con Kiefer, ni Jasper Johns con Kounellis. Aunque en algún punto remotísimo todo se tocaba pues los mecanismos de la subversión, de un modo u otro, siempre terminaban por ser asimilados. Le acercó el libro. Y él lo hojeó con rapidez para identificar las imágenes que buscaba con sus títulos.

—Díselo a Rosita. Si se lo dices a él se olvidará y es capaz de enviarme una foto por otra. “Luz. Mi ojo contiene su boca”, “Javier. El desalmado”, “Man’s Ruin”, “El Gran Omi: una obsesión” — fue diciendo los títulos—, ah, y “Marina Albero. Fragmentos de una vida” —sonrió—, éste no lo tengo.

—No está terminado.

—Lo sé, querida. Esa serie acaba sólo con la muerte del fotógrafo o la de su modelo. En realidad, es una obra que es una maldición, retrata la vida y, mientras la retrata, lo que se está mostrando es el paso del tiempo, y por tanto la muerte. Quiero tener lo que ha hecho hasta ahora, aunque la serie no esté completa.

Había empezado como un juego hacía dos años. Estaba embarazada de Mateo. De aquel día recordaba, con la nitidez con que nos llega un recuerdo de infancia, intenso y despedazado, el vestido negro, transparente en las mangas, por la rodilla. Era invierno. Y de los plátanos de la plaza de la Virreina colgaban, aún, las últimas hojas. Se balanceaban arriba, en las puntas de sus ramas. Secas, ateridas de frío. En tanto cruzaban la plaza, Javier Espinosa avanzaba y se retrasaba uniéndose a un grupo y a otro, abrazando, riendo, poniendo de manifiesto la alegría que había sido la nota común en la inauguración de su exposición *Retratos*. Estaba contento, todos ellos lo estaban, y él más, pues todo había salido a pedir de boca y, al fin y al cabo, con ese egocentrismo tan propio de los artistas, él era, se decía y hacía notar, el protagonista. A Javier Espinosa le gustaba hablar, fascinar con las palabras, que los demás lo escucharan no por cortesía, sino porque las frases salían de su boca y se entrelazaban como la música de un encantador de serpientes. En general era absorbente, fascinante, casi vampírico, una de esas personas que tejen tan bien su pensamiento que las demás quedan, irremediablemente, atrapadas en él. A veces, sin embargo, se repetía, y eso revelaba un quiebro en su inteligencia que quienes estaban a su altura, al cabo de unas horas de conversación, no podían dejar de notar. Cuando se encontraba con inteligencias parecidas a la suya, su táctica era hablar y no dejar hablar, no abrir un espacio para que aquéllas se mostraran o se le enfrentaran. Como muchos hombres brillantes y seductores, no quería sombras, y se rodeaba, sino de mediocres, de personas más débiles, a las que él podía manipular fácilmente.

Diego invitaba a cenar. Y ahora, el grupo compacto que saliera de la galería se diseminaba en formas cambiantes a medida que avanzaban por la plaza, dando lugar a grupúsculos distintos, como el cuerpo de una célula viva y cambiante. Ella se había quedado atrás con Rosita y otra gente que ahora no recordaba. Localizaba a Rosita a su lado por la chaquetilla de mohair. Una mancha roja, suave, llena de pelusa. Apasionada y confortable a la vez, justo lo que necesitaba Javier Espinosa. Notó el zapato desabrochado y se paró en un banco para abrochárselo. Había sido un momento, pero en cuanto levantó la cabeza, el grupo ya no estaba y apenas distinguía la chaquetilla roja en los grupúsculos de la cola. Estaba cansada, en realidad, con ganas de darse la vuelta y volverse a su casa, tumbarse en la cama vestida y dormir sin interrupción hasta el día siguiente.

Cuando sintió las palmas sobre sus hombros, no tuvo necesidad de volverse para saber de quién eran. “Ahora estoy pensando que debería hacerte un retrato”, le susurró cerca del oído, “mejor dos: uno embarazada y otro sin embarazo. La imagen de la vida al descubierto. Sí, definitivamente lo haré”, siguió, esta vez en voz alta, “siempre que te atrevas a mostrarle a mi cámara tu barriga”.

Le sonrió. A veces daban ganas de abrazarlo y besarlo como se abraza y se besa a un niño. Pues él era absorbente como un niño y sus reacciones, también, desmesuradas. Amaba y odiaba con la misma intensidad, y la misma vehemencia con que se entregaba a sus amigos le servía para no olvidar nunca una traición. Aunque sabía que no iba a malinterpretar su gesto, ni lo besó ni lo abrazó; simplemente, le pellizcó suavemente la mandíbula y él dijo quieres ser mi amiga como un niño crecido y triste, lleno de una tristeza extraña, y ella ya soy tu amiga, ¿no te has dado cuenta?

Al recordarlo, se preguntó si aquel día él sabía ya que estaba tan enfermo. “La vida es como una obra en marcha,” iba diciéndole mientras trataban de alcanzar, sin demasiada convicción, al resto del grupo, “el *work in progress*. Y yo quiero hacer de mi vida, lo mismo que hago con mi obra, una obra de arte. Yo soy mi propio creador y mi propio personaje. Por eso me retrato a mi mismo, y retrato a mis amigos, que son parte de la obra de mi vida. Y por eso, ahora, quiero retratarte a ti, porque, además, como en un doble reflejo, llevas dentro otro proyecto de vida, otra obra en marcha. Veremos que pasa, haremos dos retratos y dejamos el proyecto abierto”.

Y así la serie de retratos se convirtió en algo que sólo podía finalizar con la muerte, en aquel momento parecía muy claro, de Javier Espinosa.

Diego enderezaba su cuerpo de coloso para devolver el libro a su lugar. Sentado, nunca parecía tan grande como en realidad era. Se preguntó cómo aquella silla de oficina era capaz de contenerlo.

—Oye, Diego...

—Dime.

—¿Recuerdas que tengo el resto de la mañana libre?

—Pues no, la verdad es que no lo recordaba —contestó él sin mirarla, colocando cuidadosamente el libro entre Flowers, de Mapplethorpe y un catálogo de Helen Levitt. Su gesto tenía un carácter ritual, como si fuera un sacerdote restituyendo un objeto sacro a un lugar previamente profanado.

—Es el cumpleaños de Mateo. Le he prometido un regalo, y no me gustaría decepcionarlo.

—Entonces, tómate el resto del día. Dominique y yo nos las arreglaremos sin ti. Ah, y sobre todo, dile a Rosita que no envíe las fotos por correo. Si lo deja en sus manos, ese jodido Espinosa es capaz de cualquier barbaridad. Adelántale el dinero de todas las copias —añadió—, pero a él no, podría gastarlo en una fiesta, o en droga, no sería la primera vez; a Rosita.

—De todos modos, Rosita se lo dará a él.

—Ese ya no es mi problema —atajó Diego con frialdad aparente—. Ya son mayorcitos para que les haga de padre.

Aunque se empeñara en demostrar lo contrario, Diego no era tan malo como parecía.

En el fondo, tenía un alma generosa de mecenas. En tanto cerraba la puerta le llegó su voz:

—No olvides la inauguración de mañana. Nos veremos allí. Y sé puntual, que ya nos conocemos.